

El indeseable Malvy

Por CARLOS ESPLÁ

El próximo día 4 de octubre será inaugurada en San Sebastián una lápida conmemorativa, homenaje al señor Malvy, en la casa donde éste vivió durante su destierro. (De los periódicos franceses).

El señor Malvy, personaje considerable de la política francesa, estuvo, en efecto, desterrado en San Sebastián. Es indudable que durante su destierro viviría en alguna casa. Pero, para que la conmemoración fuese realmente simbólica, debía colocarse la lápida en el Casino, donde el señor Malvy pasó lo mejor de su exilio. Allí encontró el político francés esas amistades indígenas que le han permitido más tarde pasar por especialista en cuestiones españolas y operar con cierta desenvoltura en nuestro propio país.

Cuando se trata de liquidar el pasado vergonzoso de la dictadura conviene no olvidar a quienes fueron sus colaboradores extranjeros, entre los cuales figura el señor Malvy en lugar preeminente.

Sospechamos, pues, que la lápida de San Sebastián está condenada a una vida tan efímera como todas las demás lápidas de la dictadura. Para los republicanos españoles el señor Malvy es un huésped molesto e indeseable, y lo más prudente sería que no nos lo conmemorasen en nuestras narices.

Se dirá que Malvy es un político francés de izquierda, un radical socialista, un hombre de ideas avanzadas. Esa, es en efecto, la postura política que adopta en Francia. Y eso es lo que hace más condenable su colaboración con la dictadura española. En realidad, Malvy es un político de negocios, un personaje turbio y sospechoso. Yo no creo que fuese traidor a Francia. Pero su condena durante la guerra se explica, sin embargo, por la reacción brutal de un patriota salvajemente puro, de un republicano indomesticado como Clemenceau ante un individuo de fondo moral sucio y nauseabundo. La fortuna política de Malvy tiene como principal motor su capacidad para la maniobra y la combinación, ayudada por una psicología policiaca. Ello le permite ocupar en su país situaciones políticas de gran valor estratégico y manejar en ocasiones a hombres políticos muy superiores a él. Pero la última vez que intentó ser ministro, la Cámara francesa—con mayoría cartelista—lo arrojó, lo vomitó, literalmente.

Me han dicho personas bien informadas que Malvy persigue en España dos negocios: uno de ferrocarriles y otro de petróleos. No sé lo que habrá de cierto en eso. Pero no será difícil descubrir algún día las verdaderas razones de su interés, en otro tiempo, por la dictadura española, y, después, por Alba, cuando creía que éste iba a gobernar, lo que contrasta con el poco caso que Malvy hacía al político del Claridge mientras estuvo en desgracia y desterrado. Durante ese período, Malvy fué enemigo de Alba como de todos los demás emigrados españoles, y fué Malvy quien documentó e inspiró a de Monzie para escribir un estúpido ditirambo de Primo de Rivera, con arañazos para el político de Valladolid.

Cuando el gobierno de Painlevé se dispuso a tratar con el de la dictadura los asuntos de Marruecos para establecer la colaboración franco-española contra Abd-el-Krim, Malvy se ofreció a iniciar las negociaciones con Primo, alegando una antigua amistad con el tiranuelo. Painlevé aceptó sus servicios porque temía que Orbaneja recordase que había tomado parte en el primer mitin que se dió en París contra la dictadura española para protestar del destierro de Unamuno. Por España circularon secretamente fotografías de los carteles de aquel mitin, en los que el nombre de Painlevé figura con letras como el puño.

Malvy, al presentarse en Madrid como emisario del gobierno de París, realizaba una fuerte ambición: ser recibido oficialmente en la Embajada francesa de Madrid, que le había cerrado sus puertas durante su destierro, y humillar con su representación oficial a la colonia francesa que había evitado su contacto en aquella época. El viaje fué triunfal, Malvy fué recibido por el rey—lo que era también un desquite—y el dictador español y el político francés se pusieron verdes de brindar por la colaboración y estrechar brazos.

Si Malvy se hubiera limitado a servir a su país, negociando un acuerdo que interesaba a su política nacional, se le podría perdonar su amistad con Primo. Pero lo cierto es que los servicios a Francia y a España se convirtieron, simplemente, en servicios a la dictadura, la cual encontró un padrino influyente en los me-

A.P.C.E.
SIG.: 1.26/765

31 Octubre
1930

dios parlamentarios e izquierdistas franceses. Los emigrados españoles en París sospechamos que en Madrid se convino conceder-nos el mismo trato que se iba a reservar al caudillo rifeño. Como resultado del viaje de Malvy a Madrid, Unamuno fué invitado a alejarse de Hendaya. Claro que ésto era no conocer a nuestro gran don Miguel, a la enérgica resistencia de Unamuno y a quien no se puede atropellar impunemente. Gracias a la intervención de varios amigos de las izquierdas francesas, ni él ni los demás emigrados sufrimos entonces otras molestias. Cuando, más tarde, fué expulsado Eduardo Ortega y Gasset de la frontera, Malvy no hizo nada para evitarlo ni unió su protesta a la de otros radicales y socialistas franceses.

Esta conducta en un hombre que había sufrido un destierro basta para juzgarlo. Hasta los seres más perversos suelen, a veces, ennoblecerse por cierto espíritu de solidaridad con quienes sufren el mismo dolor o la misma pena que ellos. La impermeabilidad sentimental de Malvy es algo que horroriza.

Precisamente, trataba Malvy de explicar su amistad con Primo de Rivera por la hida'ga ayuda que el general le había prestado en cierta ocasión durante su destierro, mientras otros personajes le volvían la espalda. A mi me contó Malvy esta historia, en la que quedaba el estadista jerezano como un caballero andante, amparo de perseguidos. La verdad es menos bella. En realidad, la amistad de los dos compadres no tenía ningún origen especialmente honorable. Era una amistad de juerga, de timba y de lupanar. Primo de Rivera había evitado, es cierto, movilizandó influencias, que Malvy fuese a la cárcel cierta vez que fué a Madrid—stando obligado por su destierro a residir en San Sebastián—y se inscribió en el hotel con nombre supuesto.

Conviene pues, recordar todos estos antecedentes de Malvy cuando busca o acepta homenajes en España. Si yo estuviera en San Sebastián el día del descubrimiento de la lápida conmemorativa de su destierro, recibiría a Malvy al grito de «Viva Unamuno» quien fué también un desterrado, aunque no de la especie de Malvy, sino del linaje espiritual de Victor Hugo.

CARLOS ESPLA

París, septiembre.

A.P.C.E.
SIG.: 1.26/766

Marzo 1931

LOS DESTERRADOS ESPAÑOLES

En París, obsequian con un banquete de confraternidad a Carlos Esplá, que durante muchos años ha sido un fiel embajador de la rebeldía española

Una emocionante carta al capitán Sediles

París, 30. — Organizada por los refugiados políticos españoles, ha tenido lugar un banquete con que se ha obsequiado en un restaurante del Barrio Latino, al periodista Carlos Esplá.

A los postres hizo uso de al palabra Marcelino Domingo para ofrecer el banquete a Esplá como testimonio de gratitud de los refugiados políticos españoles, por el interés con que el conocido periodista se ha ocupado de ellos.

El ex diputado por Tortosa expresó al homenajeado la profunda gratitud de todos, encargándole que a su regreso a España transmita un entusiasta saludo a los republicanos todos.

A propuesta del ex diputado socialista por Bilbao Indalecio Prieto, se redactó y cursó el telegrama siguiente:

«Capitán Sediles, Jaca. — Reunidos todos los demócratas expatriados para despedir en una cena fraternal a Carlos Esplá, el ilustre periodista que hasta la hora actual de su regreso a España ha sido aquí nuestro embajador y nuestro cónsul, al protegernos contra quienes utilizan la representación de la Patria para pedir que también se nos persiga en tierra francesa, hemos evocado con emoción la memoria de Galán y García Hernández y hemos decidido personalmente en usted, por ser el más duramente castigado, el recuerdo cariño-

so a cuantos sufren prisión por la causa republicana, sin olvidar al capitán Domingo, que ha sabido probar la bravura de su alma en la heroica defensa de ustedes ante el Consejo de Guerra. — Marcelino Domingo, Diego Martínez Barrios, Indalecio Prieto, Ramón Franco, Gonzalo Quespo de Llano, Ignacio Hidalgo de Cisneros, José Puig, Arturo González Gil, Joaquín Collar, José Martínez de Aragón, Valentín Suso, Graco Marsá, José Benavent, Miguel Martínez Gallo, José Jarné, José Playa, Carlos Roa, Fernando Cárdenas, Ramón Actis, Angel Pastor, Joaquín Linazasoro, Javier Jaques, Antonio Berach, Pablo Rada, Saturnino Rada y José Díaz. — Atlante

A.B./E.

SIG.: 1.26/766.